

POPULISMO

4 CLAVES PARA EL DEBATE

Josefina Araos Bralic
Investigadora IES



Populismo

4 claves para el debate

Josefina Araos Bralic¹

El actual momento político —con los triunfos electorales del Brexit, Trump o Bolsonaro— ha llevado a muchos a plantear un resurgimiento del populismo. Sin embargo, el término suele utilizarse principalmente como etiqueta peyorativa. El siguiente documento quiere explorar algunas de las definiciones de populismo y aportar a una mejor comprensión de los fenómenos que se han identificado bajo aquel concepto, incluyendo las tensiones de las democracias a las que ellos responden.

1

La categoría “populismo” ha adquirido protagonismo en el debate público, pero con frecuencia se utiliza como un adjetivo peyorativo. Este uso muestra la preocupación y alarma de la dirigencia política frente a una realidad que no termina de entender. Para comprender por qué surge este fenómeno es indispensable reflexionar sobre aquello que el auge de los populismos pone de manifiesto, más allá de sus elementos problemáticos.

2

El populismo ha sido asociado a una serie de prácticas económicas y políticas que no son patrimonio exclusivo suyo. No existe una relación necesaria entre América Latina y populismo, ni tampoco entre éste y despilfarro, irresponsabilidad fiscal o un modelo económico específico. Asimismo, no se trata de un fenómeno equivalente al clientelismo ni a la ausencia de mediación política. Comprender las particularidades del populismo exige preguntarse por su especificidad, más allá de estas características contingentes.

¹ Licenciada y magíster en Historia. Investigadora IES. Agradezco a todo el equipo del IES por los comentarios que enriquecieron este documento, y especialmente el trabajo editorial de Joaquín Castillo y Rodrigo Pérez de Arce.

3

A la luz de las ciencias sociales, cabe entender el populismo como un fenómeno político específico, desplegable en diversos regímenes y contextos. Consiste en un estilo político que puede ser más o menos problemático según el caso, pero que tiene la capacidad de reivindicar un tipo de afinidad particular con el “pueblo”. Esta reivindicación permite articular una relación especialmente eficaz, sobre todo en momentos de crisis política.

4

Si los populismos son exitosos es porque tienen seguidores que los apoyan y legitiman. Esta dimensión, definida por la ciencia social como “demanda”, ha sido poco considerada en el debate sobre populismo. Incorporar la pregunta acerca de por qué las personas deciden movilizarse detrás de líderes populistas puede ayudar a explicar esta realidad y, en consecuencia, identificar tensiones y puntos ciegos de las democracias contemporáneas.

Cómo citar este documento:

Araos, Josefina, "Populismo", Claves para el debate nº3 (diciembre de 2018).

Introducción

La palabra *populismo* aparece a menudo en nuestro debate público. Como una suerte de fantasma, encarna uno de los temores de más largo aliento de la clase política chilena y latinoamericana. En el último tiempo, se ha sumado a esta amenaza regional permanente un contexto global que algunos han definido como una verdadera “explosión populista”². La elección de Donald Trump en Estados Unidos, el avance de partidos tildados de extrema derecha y la fuerza cobrada por movimientos nacionalistas en Europa han desencadenado una alarma mundial sobre el populismo y la crisis de las democracias occidentales.

Sin embargo, a pesar de su uso tan extendido, no es muy claro qué queremos decir cuando hablamos de “populismo”. Al utilizarse como adjetivo para descalificar a los adversarios políticos, pierde su valor como herramienta de comprensión, volviéndose así un mecanismo para situarnos ideológicamente frente a lo que catalogamos de populista.

El presente documento busca evitar el uso puramente normativo del concepto de populismo. El objetivo es subrayar dimensiones y elementos característicos para identificar el fenómeno, y que también nos ayuden a evaluar críticamente la trayectoria de nuestras propias democracias. De alguna manera, el populismo ofrece un contrapunto para observar las tensiones y problemas

de nuestras instituciones. Como bien dijera el historiador Alan Knight, la “porfiada perdurabilidad” del populismo, su resistencia a morir, teórica y empíricamente, nos sigue haciendo pensar³.

1. Populismo como adjetivo peyorativo

La llamada crisis de la globalización parece haber traído de vuelta una “amenaza” que no ha desaparecido del horizonte de América Latina⁴. En Chile, las reformas emprendidas por el segundo gobierno de Michelle Bachelet gatillaron una crítica que empleó la categoría “populista” para cuestionar su programa y su modo de abordar ciertos problemas⁵. La estrategia también se utilizó durante la campaña presidencial de 2017, en la que Alejandro Guillier fue identificado como populista por *The Economist*⁶, y el argumento fue repetido en Chile por los críticos de su candidatura⁷. La denuncia, eso sí, no

2 El término aparece en John B. Judis, *The Populist Explosion: How the Great Recession Transformed American and European Politics* (Nueva York: Columbia Global Reports, 2016). Otros análisis sobre el fenómeno en Chantal Mouffe, *For a Left Populism* (Londres: Verso, 2018); Robert S. Jansen, *Revolutionizing Repertoires: The Rise of Populist Mobilization in Peru* (Chicago: The University of Chicago Press, 2018); Federico Finchelstein, *Del fascismo al populismo en la historia* (Buenos Aires: Taurus, 2018); Cas Mudde y Cristóbal Rovira, *Populism: A Very Short Introduction* (New York: Oxford University Press, 2017); Jan-Werner Müller, *What is Populism?* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2016); Chantal Delsol, *Populismos. Una defensa de lo indefendible* (Buenos Aires: Ariel, 2015).

3 Alan Knight, *Revolución, democracia y populismo en América Latina* (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2005), 239-240. Debemos explicitar que las hipótesis de Alan Knight inspiran gran parte de los planteamientos de este documento.

4 La relación entre populismo y crisis de las democracias ha sido desarrollada por varios autores. Como ejemplo, véase la columna de Chantal Mouffe, «El momento populista», *El País*, 10 de junio de 2016, sec. Tribuna, https://elpais.com/elpais/2016/06/06/opinion/1465228236_594864.html. Sobre la crisis de las democracias liberales véase Patrick J. Deneen, *Why Liberalism Failed* (New Haven: Yale University Press, 2018); Daniel Ziblatt y Steven Levitsky, *How Democracies Die* (Nueva York: Crown, 2018).

5 Lo hicieron a través de los medios figuras vinculadas a la oposición, como Roberto Ampuero en una entrevista en Madrid el año 2015 reproducida por diversos medios. Véase la nota «Ampuero: “Veo muchos rasgos de populismo en el gobierno de Bachelet”», *La Segunda*, 1 de julio de 2015, <http://www.lasegunda.com/Noticias/Politica/2015/07/1016933/Ampuero-Veo-muchos-rasgos-de-populismo-en-el-gobierno-de-Bachelet>. La misma asociación se planteó también en Gloria Álvarez y Axel Kaiser, *El engaño populista. Por qué se arruinan nuestros países y cómo rescatarlos* (Ciudad de México: Ariel, 2016). La misma Bachelet salió al paso de estas acusaciones, distanciándose de la etiqueta de “populista”; véase «Michelle Bachelet: “Se puede ser popular sin ser populista”», *El País*, 30 de octubre de 2014, https://elpais.com/economia/2014/10/30/actualidad/1414663746_159476.html.

6 Véase en «A Peronist on the Potomac. Donald Trump through Latin American eyes», *The Economist*, 16 de febrero de 2017, <https://www.economist.com/the-americas/2017/02/16/a-peronist-on-the-potomac>.

7 La atribución de populismo a Guillier se hizo desde posiciones políticas diversas, como muestra la columna de Carlos Peña, «El trapecio populista», *El Mercurio*, 22 de enero de 2017, Reportajes, <http://www.elmercurio.com/blogs/2017/01/22/48262/El-trapecio-populista.aspx>. Otro ejemplo es

es exclusiva de la derecha, pues la izquierda local también recurre a ella con cierta frecuencia. Así, no es raro que se levante la etiqueta para acusar a quienes encienden la opinión pública en temas delicados y disputados (como la delincuencia o la inmigración)⁸. Podemos constatar, entonces, que buena parte del espectro político recurre al concepto, aunque no logra definirlo con precisión.

Ahora bien, la vaguedad del término no ha impedido que políticos e intelectuales manifiesten su alarma por los males asociados a una supuesta “epidemia viral”⁹. En este punto se hace evidente el nudo problemático de nuestra discusión sobre populismo: no parece haber otro acuerdo que su negatividad. Así, el populismo como adjetivo no busca identificar un fenómeno, y ni hablar de comprenderlo¹⁰. Mario Vargas Llosa, por ejemplo, en el prólogo a un libro motivado por el auge del “enemigo principal de la democracia liberal” señala: “¿Qué es el populismo? Ante todo, la política irresponsable y demagógica de unos gobernantes que no vacilan en sacrificar el futuro de una sociedad por un presente efímero”¹¹. Aunque la afirmación puede funcionar en el plano retórico, es demasiado amplia como para captar una realidad específica. Se trata de una definición aplicable a cualquier escenario político, con la condición de

que no nos guste. De este modo, quienes inundan los medios denunciando la amenaza que se cierne sobre nuestras democracias, no hacen mucho más que mostrar sus propios temores.

En Chile, gran parte de la producción sobre populismo viene de la derecha liberal, en un tono cercano al de Vargas Llosa¹². En *La democracia asediada*, por ejemplo, Mauricio Rojas describe el populismo como una “amenaza antidemocrática” que articula proyectos iliberales de izquierda o derecha. Así, la peligrosidad de tales proyectos radicaría justamente en el cuestionamiento de los principios liberales de la democracia¹³. Lo más problemático de esta clase de argumentos reside en la premisa sobre la cual se construyen: identifican la solidez de la democracia con su propia versión de la misma. Y cualquier instancia que haga ver eventuales límites o tensiones de las libertades afirmadas por tales regímenes se tilda *a priori* de “antidemocrática”¹⁴. Como ha señalado la intelectual francesa Chantal Delsol, este tipo de razonamiento entra en un círculo vicioso donde la clase política que experimenta la amenaza populista no logra incorporar la crítica sobre su propio funcionamiento, y termina reduciendo el populismo a una mera “apostasía”¹⁵.

Por otra parte, estas publicaciones carecen de una comprensión acabada de la “demanda” que permite la emergencia del populismo¹⁶. El foco en el debate local suele concentrarse en la figura de un líder carismático que aparece en periodos de crisis para arengar a las masas, engañadas e ignorantes, contra la clase política. Nunca se explica

la columna de Máximo Pacheco, «Populismo en Chile», *El Mercurio*, 20 de mayo de 2017, <http://www.elmercurio.com/blogs/2017/05/20/51172/Populismo-en-Chile.aspx>.

8 El gobierno de Piñera ha sido tildado de populista en más de una ocasión por medidas propuestas en torno a delincuencia o migración. Como ejemplo, véanse las declaraciones de Andrés Zaldívar, Osvaldo Andrade y Carolina Goic en «Oficialismo criticó “populismo” en propuestas de campaña de Sebastián Piñera», www.cooperativa.cl, 3 de mayo de 2017, <https://www.cooperativa.cl/noticias/pais/politica/presidenciales/oficialismo-critico-populismo-en-propuestas-de-campana-de-sebastian/2017-05-03/133647.html>; «Carolina Goic: Veo en Sebastián Piñera el populismo de derecha», www.adnradio.cl, 2 de mayo de 2017, <http://www.adnradio.cl/noticias/politica/carolina-goic-veo-en-sebastian-pinera-el-populismo-de-derecha/20170502/nota/3451760.aspx>.

9 Álvaro Vargas Llosa (ed.), *El estallido del populismo* (Barcelona: Planeta, 2017), 9.

10 La tesis es compartida por muchos autores. Acá seguimos a Mudde y Rovira, *Populism*; Delsol, *Populismos*.

11 Vargas Llosa, *El estallido del populismo*, 10.

12 Hay, sin embargo, excepciones, como muestra el trabajo de Jorge Larraín, *Populismo* (Santiago: LOM, 2018).

13 Mauricio Rojas, *La democracia asediada. Estudios sobre la democracia, el populismo y la utopía socialdemócrata* (Santiago: Instituto Res Publica, 2018), 12.

14 Sobre la identificación entre democracia y liberalismo, véase, entre otros, Mudde y Rovira, *Populism*, 80.

15 Delsol, *Populismos*, 75.

16 El término lo tomamos de Mudde y Rovira, *Populism*, 20.

cómo esos líderes alcanzan tal nivel de apoyo y de forma tan recurrente. El pueblo, los seguidores o las masas nunca constituyen un actor relevante para dar cuenta de la articulación de movimientos populistas. Las escasas consideraciones que se toman en serio a quienes apoyan a los líderes sólo buscan, en general, presentar el “contexto”. El mismo Rojas, al observar a los sectores sociales movilizados por las “fuerzas populistas”, lo hace en función de sus condiciones sociales y económicas, y nunca desde su estatus como actores políticos autónomos. Sólo a partir de las múltiples carencias de los grupos excluidos se vuelve importante introducir la “demanda” en la descripción de la “irrupción populista”¹⁷.

Así, nuestro debate sobre populismo parte de una comprensión fundamentalmente negativa y que solo se ocupa en sentido peyorativo. Al asumir que su existencia amenaza la democracia, no alcanzamos a formular un análisis que identifique aquello que posibilita su articulación. Mientras no nos tomemos en serio ese trabajo, no tendremos recursos para enfrentarlo¹⁸.

2. Caracterizando el fenómeno populista

Las ciencias sociales se han esforzado por ofrecer una caracterización rigurosa del populismo, junto con desvincularlo de elementos y prácticas que se le atribuyen sin demasiado respaldo¹⁹. La primera dificultad es que casi nadie reivindica para sí mismo el estatus de populista. Se trata, más bien, de una etiqueta asignada a otros, lo que vuelve difícil la verificación empírica de su existencia²⁰. Al mismo tiempo, como no responde a la distinción clásica entre derecha e izquierda, el populismo tiende a ser un enemigo transversal al

que se atribuyen los comportamientos que cada grupo considera negativos.

Las recurrentes experiencias populistas latinoamericanas del siglo XX parecían indicar una afinidad entre el populismo y la región. De aquí se derivaron una serie de vinculaciones que, con el tiempo, se han revelado más contingentes que necesarias. La primera de ellas es la asociación entre populismo y el modelo económico de industrialización por sustitución de importaciones (ISI). Esta estrategia fue asumida por buena parte de los países de América Latina a mediados del siglo pasado, especialmente donde hubo regímenes populistas, como México durante el gobierno de Lázaro Cárdenas o la Argentina de Juan Domingo Perón²¹. De esta correspondencia entre orden político y modelo económico se derivó la suposición de que la declinación de los proyectos ISI traería consigo la desaparición progresiva del populismo. La fragilidad de esta hipótesis se evidenció en los años 90, cuando programas como el de Alberto Fujimori en Perú mostraron que las fuerzas populistas no tenían problemas en aliarse con proyectos neoliberales²².

Pero la etiqueta populista no sólo se ha utilizado para describir regímenes políticos promotores de la ISI, sino también para caracterizar ciertas prácticas. Volviendo a la frase de Vargas Llosa, el sacrificio demagógico del futuro remite al despilfarro e irresponsabilidad fiscal, que serían propias del populismo. Esta tesis también ha sido problematizada por las ciencias sociales, al distinguir entre políticas redistributivas y despilfarro. El indudable énfasis de los populismos latinoamericanos en el gasto social no ha implicado siempre y en todos los casos experiencias económicas fracasadas, dato que muchos prefieren ignorar²³. En cualquier caso,

17 Rojas, *La democracia asediada*, 92.

18 Mudde y Rovira, *Populism*, 109.

19 La ambigüedad del término ha hecho que incluso se plantee su abandono. Véase Mudde y Rovira, *Populism*, 5; Knight, *Revolución, democracia y populismo en América Latina*, 242.

20 Mudde y Rovira, *Populism*, 2.

21 Knight, *Revolución, democracia y populismo en América Latina*, 260-261.

22 Así lo han afirmado autores como Knight, *ibid.*, 267; Mudde y Rovira, *Populism*, 4.

23 Seguimos el análisis sobre Argentina y México de Knight, *Revolución*,

y como bien dice Knight, la “irresponsabilidad presupuestaria” está lejos de ser exclusiva del populismo: “los gobiernos de todos los colores y estilos están tentados a seguir este curso, especialmente al ir acercándose la época de elecciones”²⁴.

Ahora bien, al populismo latinoamericano también se le han asignado formas de hacer política. Una de las tesis más arraigadas en su definición sería su rechazo a la mediación política. Esto explicaría, en parte, la fuerza atribuida al líder carismático, pues al presentarse él mismo como instancia que establece el vínculo político, marginaría a las instituciones tradicionales como eje mediador. Los movimientos populistas suelen aparecer en contextos de crisis política y, en particular, de crisis de representación. Sin embargo, el que sus dirigentes intuyan el quiebre entre la clase política y los ciudadanos y lo usen a su favor, no significa necesariamente que renuncien o dañen las instancias mediadoras que configuran los órdenes democráticos modernos. Como afirma el mismo Knight, todos los movimientos dependen de algún tipo de mediación. El populismo quizás ofrezca ejemplos de “submediación” o de alternativas informales, pero no carece completamente de ellos²⁵. De hecho, autores como Chantal Delsol han señalado que los movimientos populistas buscan hacer efectiva la representación política, en la medida en que intentan promover agendas no legitimadas por la opinión dominante²⁶. Así, Delsol invierte la lógica que predomina en el análisis del populismo: su movilización por fuera del circuito político es consecuencia de su exclusión y no una característica constitutiva de su programa²⁷.

Es contradictorio que se acuse al populismo de eludir la mediación política y, simultáneamente, se le atribuya con tanto énfasis el despliegue sistemático de prácticas clientelares en América Latina. A pesar de su problematicidad, el clientelismo es una forma de mediación política. Y, en cualquier caso, su asociación con el populismo no implica causalidad. Como se ha señalado, el clientelismo consiste en “un modo particular de intercambio entre circunscripciones electorales y políticos, en que los votantes obtienen bienes a condición de su apoyo”²⁸. Aunque es indudable que muchos líderes populistas de la región han recurrido a prácticas clientelares, están lejos de ser los únicos. Más bien, cabría decir que el clientelismo constituye una práctica arraigada en la cultura política latinoamericana y aparece a lo largo de toda su vida republicana²⁹. En otras palabras, populismo y clientelismo no son lo mismo ni existe afinidad particular entre ambos; sus asociaciones han sido efectivas pero contingentes³⁰. Sin desconocer ni justificar las experiencias históricas en las que el populismo se ha vinculado con estas prácticas, es importante problematizar esas relaciones para mostrar que no dan cuenta de la especificidad del fenómeno.

Hemos escogido sólo algunas de las vinculaciones más paradigmáticas en la caracterización tradicional del populismo, pero en ningún caso agotamos todos los ejemplos. Una línea interesante es la que cuestiona la supuesta “emotividad” e irracionalidad que funda el vínculo político propio del populismo. Una vez más, Knight responde a este prejuicio: la teoría de la acción racional es aplicable al populismo como a cualquier otro fenómeno político³¹. Su diferencia respecto de

democracia y populismo en América Latina, 260.

24 *Ibid.*, 261.

25 *Ibid.*, 244-245.

26 Delsol, *Populismos*, 114. La preocupación del populismo por la representación está también en Mudde y Rovira, *Populism*, 17.

27 Delsol, *Populismos*, 116.

28 Mudde y Rovira, *Populism*, 8. (traducción propia)

29 Sobre el clientelismo en la política latinoamericana, véase Tina Hilgers (ed.), *Clientelism in Everyday Latin American Politics* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2012).

30 Mudde y Rovira, *Populism*, 8.

31 Knight, *Revolución, democracia y populismo en América Latina*, 244. La misma idea la desarrolla Laclau al criticar la presentación del populismo como “desviación”. Ernesto Laclau, *La razón populista* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2015), 28, 31.

las formas convencionales, la predominancia de su informalidad, entre otros elementos, no implica que sea inexplicable ni que responda a una demanda irreflexiva de los ciudadanos³². Pero nuestro objetivo no es sólo decir lo que el populismo no es. El desafío es también avanzar hacia aquello que lo define y constituye.

3. Tres intentos de definición: ideología, estilo y relación

El desafío más urgente respecto del populismo no reside tanto en establecer un tipo ideal para caracterizarlo, como en invertir la lógica dominante en el tratamiento del fenómeno: pasar de la alarma y la denuncia a la reflexión. Intentaremos ahora identificar algunos elementos consensuados en las ciencias sociales que nos permitan delimitar el populismo, y observar qué se pone de manifiesto en esas circunstancias³³.

La discusión sobre populismo en ciencias sociales se ha traducido en la delimitación de distintos enfoques que presentamos resumidamente a continuación³⁴. El primero de ellos (*popular agency approach*) entiende el populismo como “un estilo de vida democrático que se construye por medio del compromiso popular en la política”³⁵. Esta fue una de las primeras aproximaciones “positivas” al populismo, que subrayó su capacidad movilizadora de los sectores tradicionalmente excluidos y la posibilidad de desplegar modelos comunitarios de democracia. Aquí se sitúa el trabajo emblemático de Ernesto Laclau, que presenta al populismo como la “esencia de la política” y como una “fuerza emancipatoria”. Para el autor argentino, el populismo sería insepara-

ble de un proyecto de radicalización democrática, construido sobre el reconocimiento del conflicto como la estrategia más eficaz para alcanzar una movilización permanente de los grupos dominados. Así, ofrecería una plataforma para que esos sectores puedan incorporarse a la arena política³⁶. En esta misma perspectiva destaca Chantal Mouffe, quien ha reivindicado el término “populismo” para promover la profundización de las democracias. Fue ella también quien acuñó la expresión “momento populista” para describir la oportunidad que las crisis de las democracias occidentales podrían presentar para la incorporación de los grupos históricamente excluidos³⁷.

Una segunda aproximación es la socioeconómica, especialmente influyente en el estudio del populismo latinoamericano durante los años 80 y 90. Enfatizando los aspectos económicos, describe el fenómeno como un programa de política económica fiscal irresponsable, sobre todo por su vinculación con estrategias redistributivas y de gasto social. Este enfoque perdió fuerza al constatar las alianzas ya descritas entre populismo y neoliberalismo, pero sigue jugando un papel en la discusión pública. Otros enfoques, por su parte, se han concentrado en el análisis propiamente político del líder populista, en cuyo carisma residiría la clave explicativa del fenómeno. Una última perspectiva descrita por las ciencias sociales entiende el populismo como una forma “folclórica” de hacer política. Es decir, un resabio de prácticas tradicionales y subdesarrolladas que desaparecerán a medida que se consoliden mecanismos e instituciones propias de democracias maduras³⁸.

Algunos de estos enfoques han impregnado de manera importante el debate público sobre populismo, pudiendo constatar muchas de las tesis recién resumidas en nuestra propia discusión local. En ese sentido, quisiéramos recoger ahora

32 A nivel local, Carlos Peña ha enfatizado esta relación entre populismo y “emociones”, donde la adhesión de los seguidores no sería propiamente racional: Peña, «El trapecio populista».

33 Seguimos las propuestas de Laclau y Delsol que, desde veredas políticas opuestas, han planteado la importancia de mirar la “realidad social” expresada en el populismo, parafraseando al argentino. Laclau, *La razón populista*, 31; Delsol, *Populismos*, 44.

34 El resumen se inspira en la síntesis de Mudde y Rovira, *Populism*, 3-5.

35 *Ibid.*, 3 (traducción propia).

36 *Ibid.*

37 Mouffe, *For a Left Populism*; «El momento populista».

38 Mudde y Rovira, *Populism*, 4.

algunas propuestas que han sido poco consideradas, y que podrían ayudarnos a renovar nuestra aproximación al tema. La primera es una suerte de premisa: reconocer el populismo como un fenómeno político en sí mismo. Esto significa que no puede reducirse ni a un mero reflejo de lo que ocurre en otros campos, como el económico, ni tampoco a una desviación del curso supuestamente natural y racional de la política formal³⁹. Se trata más bien de una realidad contingente, que no se limita ni a un régimen ni a un escenario cultural específico. Como muestra el panorama actual, el populismo puede aparecer en múltiples contextos, ofreciendo una alternativa política para responder a demandas efectivas (pero no debidamente representadas) de la sociedad.

Pero ¿cómo logra articularse el populismo? Si es ambiguo y no se vincula con prácticas establecidas ni con regímenes particulares, ¿por qué avanza con rapidez en tantas partes del mundo? Si no es mera desviación o manipulación es porque logra afirmar algo positivamente. Cabe introducir entonces una segunda tesis que define al populismo como una “ideología delgada” (“*thin-centered ideology*”, en versión original), esto es, una visión general del hombre y la sociedad y de cómo ésta debe ordenarse⁴⁰. Que sea una ideología implica un contenido específico; al mismo tiempo, el hecho de que sea “delgada” asegura un cuerpo de ideas acotado y sencillo. El corazón de esta ideología consistiría en la articulación de un discurso que reclama que la política sea realmente la expresión de una “voluntad general”. Tal reclamo parte del diagnóstico de una sociedad dividida en polos antagónicos, encarnados por una elite corrupta y un pueblo honesto, explotado y, ante todo, soberano⁴¹. La definición es útil en la medida

39 La idea de autonomía del populismo frente a la economía y su especificidad como fenómeno político es tomada de Knight, *Revolución, democracia y populismo en América Latina*, 259. La idea también en Laclau, *La razón populista*, 31-32.

40 Mudde y Rovira, *Populism*, 6.

41 *Ibid.*, 8-9.

en que asigna un contenido específico e identificable, pero lo suficientemente restringido y flexible para adecuarse a contextos y discursos diversos.

Finalmente, recogemos una tercera propuesta que comprende al populismo como un “estilo político” desplegable por múltiples figuras. Este estilo reivindicaría explícitamente una “afinidad con el pueblo”, una forma de hacer política que inaugura un vínculo diferente entre el líder y los ciudadanos; y en esa alternativa reside todo su potencial. Para citar una vez más a Knight: “el estilo populista implica un estrecho lazo entre los líderes políticos y sus seguidores (...). Aunque tal lazo puede desarrollarse sin que necesariamente exista populismo, el populismo ofrece una particularmente intensa forma de ‘enganche’”⁴². Aunque el discurso populista no resuelva quién compone el pueblo, son personas concretas las que siguen al líder. Y sin embargo, en muy pocas ocasiones éstas son objeto de reflexión en los análisis sobre el populismo. En ese sentido, las tesis que hemos presentado no sólo nos permiten establecer algunas definiciones del fenómeno, sino sobre todo observar dónde reside su eficacia y desplazar así nuestra mirada a esa dimensión: se trata de una *relación*⁴³.

4. Populismo como relación política: del líder a los seguidores

El gran ausente en el debate sobre populismo es –irónicamente– el pueblo⁴⁴. Aunque la mayoría reconoce su significativa capacidad de movilización, no ha sido prioritario considerar a aquellos que efectivamente se mueven⁴⁵.

42 Todo esto en Knight, *Revolución, democracia y populismo en América Latina*, 242-43.

43 La idea de relación política la tomamos de Marco Garrido, «Why the Poor Support Populism: The Politics of Sincerity in Metro Manila», *American Journal of Sociology* 123, n.o 3 (noviembre de 2017): 647-85. Esta tesis fue trabajada también por Eduardo Valenzuela, «La experiencia nacional-popular», *Proposiciones* 20 (1991): 12-33.

44 Y lo fue por mucho tiempo en las ciencias sociales, véase Garrido, *ibid.* 648; Mudde y Rovira, *Populism*, 109.

45 Garrido, «Why the Poor Support Populism», 647.

Se da por sentado que sólo responden a su situación de precariedad, apoyando espontánea e irreflexivamente al líder que promete sacarlos de esa condición. Serían meros espectadores a la espera de una oportunidad que emerge por la combinación de factores estructurales y el empuje de líderes que parecen surgir de la nada. Así, se asume que los pobres entregan su lealtad política justamente por el hecho de ser pobres. Patronazgo, clientelismo, imagen y carisma sería la mezcla ofrecida por los populistas a las masas que, incultas y manipulables, estarían disponibles para cualquier demagogo⁴⁶.

Esta lectura refleja, en primer lugar, un prejuicio respecto de los grupos que apoyan el populismo. Como señala Chantal Delsol, la lealtad popular es castigada por una clase política que se siente traicionada y vuelve al pueblo objeto de desprecio. El uso peyorativo del populismo se orienta así, subrepticamente, a quienes lo hacen posible: sus electores. Sin embargo, en un segundo nivel, esta interpretación omite una dimensión central para explicar el desarrollo exitoso de los movimientos populistas, que no es otro que su “demanda”. Si aceptamos que el populismo es una relación política, debemos reconocer a los seguidores como sujetos que de manera consciente deciden unirse al movimiento. Al mismo tiempo, exige tomar en cuenta el contexto, pues el populismo adopta funciones y características a partir del escenario en que se desenvuelve. La naturaleza del populismo latinoamericano no es la misma que la del europeo o norteamericano, aunque constatemos similitudes. En el caso específico de América Latina, aunque el populismo adquiere diversas formas e ideologías, su triunfo siempre se ha vinculado con la capacidad para apelar a la experiencia más constante de los sectores populares que lo apoyan: la exclusión social⁴⁷.

Pero si no es sólo la entrega de favores políticos o la mejora en sus condiciones de vida, ¿por qué el

pueblo tiende a apoyar el populismo? A esto sólo podemos responder desde un ejemplo que, quizás, sirva de modelo para observar la particularidad del populismo y, de paso, poner en evidencia algunos de nuestros puntos ciegos. Al analizar al líder populista Joseph Estrada en Filipinas, Marco Garrido se pregunta por qué los pobres le dieron un apoyo tan persistente. Iniciado su mandato en 1998, Estrada se vio envuelto en escándalos políticos, no mejoró de manera importante la situación de su pueblo, ni articuló una estrategia cualitativamente diferente de la enarbolada por otros representantes de la clase política local. Se distinguió, sin embargo, por el modo en que se relacionó con los pobres. En Estrada, los habitantes más marginales de la capital filipina encontraron una figura que se identificaba con ellos, acercándose de manera sincera y no motivada por fines electorales. La eficacia de este acercamiento es que “negaba el estigma” más predominante en la experiencia cotidiana de los sectores populares urbanos: el rechazo por su pobreza⁴⁸.

Entender el apoyo a los líderes populistas es complejo. La respuesta general apunta al asistencialismo, pero esa tesis revela rápidamente su insuficiencia: no sólo porque los pobres no buscan únicamente soluciones materiales, sino también porque esa estrategia no es exclusiva del populismo. Más bien, parece guardar relación con un reconocimiento, con la eficacia de un vínculo político en sí mismo y de las posibilidades abiertas por esa relación. Por cierto, no buscamos defender ni justificar a los líderes populistas, sino tomarnos en serio la pregunta de qué es aquello que permite explicar su legitimidad. Entre la alarma escandalizada y la afirmación de la ignorancia de las masas, hemos creado una caracterización poco fructífera. No avanzamos en el combate al populismo, pero tampoco formulamos críticas capaces de ver las tensiones y carencias de nuestros propios ordenamientos y el populismo sí tiene capacidad de

⁴⁶ En todo esto seguimos la formulación de Garrido, *ibid.*, 649-654.

⁴⁷ *Ibid.*, 648.

⁴⁸ *Ibid.*, 649

tomar nota de esas debilidades. En este sentido, quizás más que esforzarnos por encontrar un “populismo platónico” para identificar la amenaza y combatirla, conviene más observar la razonabilidad (que no implica idealización) de la acción del votante, del hombre común que, de cuando en cuando, deja de sentirse interpelado por la clase política que en principio lo representa⁴⁹.

Reflexiones finales

La tesis más instalada en el debate público sobre el populismo es que se trata de un mal que debe evitarse, lo que dificulta mirar qué realidades aparecen con el fenómeno. El espanto nubla, pues la experiencia de la amenaza es instintiva: hay que salir arrancando o atacar; nunca reflexionar. No obstante, esa es justamente la exigencia de nuestros tiempos: pensar sobre aquello que el populismo pone de manifiesto, aunque no nos guste. La dificultad de una aproximación de este tipo es, desde luego, que ese esfuerzo sea interpretado como un intento más o menos disimulado de justificación. Por lo mismo, hemos tratado de formular una propuesta que se detenga en la relación política que emerge con el populismo y, sobre todo, en los seguidores que garantizan su éxito.

No buscamos defender a líderes cuyos regímenes efectivamente han derivado en despotismo o que han dirigido proyectos que han dañado la democracia. Sin perjuicio de lo anterior, hemos buscado reconocer las tensiones de nuestros ordenamientos políticos, los elementos antidemocráticos que aparecen al interior de las mismas democracias que, siempre imperfectas, dependen de la capacidad de incorporar su crítica. Pero quizás lo más importante es tomarse en serio la demanda de las personas comunes y corrientes que reclaman no sólo por la persistencia de opresiones arcaicas, sino también por formas nuevas de exclusión.

49 “Populismo platónico” lo tomamos de Knight, *Revolución, democracia y populismo en América Latina*, 241.

Como dice Chantal Delsol, el nombre de la democracia encarna una esperanza que nunca se cumple del todo. Y frente a las decepciones y frustraciones que esto genera, no puede responder afirmándose a sí misma como si hubiera en ella una certeza absoluta, porque no tiene la capacidad de ofrecerla⁵⁰. Su novedad consiste, de hecho, en aceptar que en la búsqueda incansable del destino común pueden y deben participar todos, pues se trata de un bien “del cual todos son capaces”⁵¹.

El populismo se ha articulado, más que como una amenaza a la democracia en sí misma, como una oposición y alternativa a su versión liberal, predominante en Occidente⁵². En ese sentido, su florecimiento y éxito tienen que ver también con los fracasos del liberalismo. Que se haya instalado el consenso de que la democracia liberal es el modelo más adecuado que hemos encontrado para vivir en sociedad no significa que las demás fórmulas no tengan algo interesante que decir respecto de cómo construir y avanzar en esa democracia.

La clave reside en quienes entregan su apoyo a los movimientos populistas: su rechazo no se dirige necesariamente a la democracia sino a su versión dominante, que puede dejar en la penumbra dimensiones valiosas de la existencia⁵³. El liberalismo no agota la democracia y su permanencia como ordenamiento predominante depende de su capacidad para reconocer esos puntos ciegos. El desafío entonces no reside tanto en combatir al enemigo que aparece con el populismo, sino en atreverse a mirar las demandas reales de aquellos que hasta ahora nuestras democracias sólo han sabido presentar como traidores.

50 Delsol, *Populismos*, 42.

51 *Ibid.*, 175.

52 Mudde y Rovira, *Populism*, 95.

53 Recogemos acá la propuesta de Chantal Delsol, quien afirma que esa versión dominante ha adherido a una lectura universalista de la historia, despreciando las manifestaciones de particularismo con las que suele identificarse el pueblo. Véase específicamente la formulación de la oposición entre “pensamiento del arraigo” y “pensamiento de la emancipación”, Delsol, *Populismos*, 15.

COLECCIÓN “CLAVES PARA EL DEBATE”

CALIDAD, FORMATO Y MERCADO DE LOS TEXTOS ESCOLARES EN CHILE

4 claves para el debate

Pablo Ortúzar M.

LECTURA EN CHILE E IVA AL LIBRO

7 claves para el debate

Joaquín Castillo V. y Pablo Ortúzar M.

TEORÍA DE GÉNERO. ¿DE QUÉ ESTAMOS HABLANDO?

5 claves para el debate

Catalina Siles V. y Gustavo Delgado B.

NUEVA CONSTITUCIÓN Y DERECHOS SOCIALES

5 claves para el debate

Claudio Alvarado R.

ABORTO Y DESPENALIZACIÓN

7 claves para el debate

IES, IdeaPaís e Instituto ResPublica

EL PRINCIPIO DE SUBSIDIARIEDAD

4 claves para el debate

Pablo Ortúzar M.

NUEVA EUGENESIA

5 claves para el debate

Catalina Siles V.

UNIVERSIDADES, PLURALISMO Y SENTIDO PÚBLICO

6 claves para el debate

Pablo Ortúzar M.

LIMITACIONES Y AMENAZAS A LA LIBERTAD DE EDUCACIÓN

4 claves para el debate

Claudio Alvarado R.

LOS NIÑOS INVISIBLES DEL SENAME

6 claves para el debate

Catalina Siles V.

OBJECCIÓN DE CONCIENCIA INSTITUCIONAL

4 claves para el debate

Claudio Alvarado, Fernando Contreras y Manfred Svensson

TRIBUNAL CONSTITUCIONAL EN LA MIRA

5 claves para el debate

Fernando Contreras S.